

LA HISTORIA DE MI FAMILIA INICIA CON UNA BECA AL PAÍS DEL SOL NACIENTE –JAPÓN

No todas las oportunidades de estudios en el extranjero inician con motivos meramente académicos, pero sí, todas transforman la vida de los participantes. Pensar en la motivación real que me llevó a aplicar a una beca MONBUKAGAKUSHO en Japón, un país del que no sabía dónde quedaba, que idioma hablaban, que comían y cómo era la sociedad, me hace confirmar la teoría de Alfred Adler que sostiene que un sentimiento de carencia puede llevar al ser humano a logros exitosos. Si le hubiera dicho al cónsul japonés que aplicaba a la beca para alejarme del sentimiento de no sentirme amada por mi novio, no me hubiera dado la beca. Pero qué bueno que me la dio porque me transformó la vida.

Uno de mis sueños de niña fue viajar a otros países y aprender nuevos idiomas. El deseo de conocer el mundo me llevó a inscribirme en una carrera de Idiomas. Sin embargo, una vez en la universidad, me di cuenta que aprender idiomas y conocer otras culturas podría tener más sentido desde la educación. Esto me llevó a convertirme en profesora de inglés. Sin embargo, continúe estudios de Licenciatura en Idiomas que alternaba con mi trabajo de docente en un colegio de niñas. La subdirectora del colegio



llego a mi aula con una invitación para aplicar a la beca MOMBUSHO (así se llamaba en el año dos mil). ¡Era una beca para maestros! donde vi una oportunidad para, además de darle una lección a mi novio, hacer algo por la educación de El Salvador.

De esta manera emprendí el viaje más tenaz, que nunca me hubiera imaginado realizar, sola y a un país donde la única palabra que conocía era TOYOTA. Todos los miedos que llevaba comenzaron a disiparse en el momento que aborde JAL, las ayudantes de vuelo japonesas fueron un referente de tranquilidad, seguridad, amabilidad y trato humano. Esta experiencia fue profundizada con más fuerza una vez en Japón. Siempre he escuchado que la primera impresión es importante en una relación. En mi viaje a Japón tuve muchas buenas primeras impresiones. A la primera impresión en el avión se le une la bienvenida que nos dieron los voluntarios de JICA en el Aeropuerto de Osaka, quienes amablemente nos condujeron al hotel, donde pasaríamos la noche, antes de recogernos en un taxi que nos llevaría al dormitorio la Universidad de Kobe. Esa noche, en el hotel, conocí a una becaria hondureña, quien olvido



su cartera con todos sus documentos y dinero en un teléfono público del aeropuerto. Después de dos horas ¡encontramos la cartera intacta! Para nuestra cultura, encontrar tu cartera con todo su contenido era algo inconcebible. Más adelante, en mi pasantía en las escuelas japonesas y en las clases de japonés y cultura japonesa, en la Universidad de Kobe, aprendí que encontrar objetos perdidos es lo que esperan los japoneses que fomentan el valor del respeto a lo ajeno.

Después de las buenas impresiones, a algunos estudiantes internacionales, o migrantes

extranjeros, una vez pasa el período de luna de miel, donde todo es nuevo y emocionante, le puede atacar un sentimiento de nostalgia (“choque cultural”) por su país. A mí me llegó la nostalgia. Recuerdo que fue el primer día que conocí la nieve, al salir al balcón de mi habitación, en el dormitorio y ver la nieve caer, de repente me pregunté ¿y por qué lado quedará el Salvador? En ese momento quise llorar, menos mal que ya había aprendido la famosa expresión japonesa “¡ganbate kudasai!” ¡y así lo hice! Saqué coraje y comencé a idear formas de insertarme en la cultura Japonesa, sin olvidar mis raíces. Allí comenzó mi historia con el club de arreglo floral (Ikebana) y ceremonia del té, también me inscribí en un gimnasio, donde la clase que nunca me perdía era “Latin Aerobics” ¡Que raro, una latina bailando al zón de Carlos Santana “Maria María”!. ¡Pero, también disfrutaba las clases de yoga, Pilates, la piscina y las aguas termales del Tipness Club! Hice buenas amistades japonesas, me inscribí en un programa de host families, en symposiums, en camps de verano, en viajes a Nagano para aprender a esquiar. Mi mejor amigo era un artista argentino, cuyo docente le regalaba pases dobles para los bellos teatros de Kobe, disfrutamos de orquestas y todo tipo de shows. Podría escribir un libro con relatos de lo bien que la pasé en Japón visitando lugares, probando deliciosos platillos japoneses, excepto por el Natto, sin embargo, debo decir que también estudié y aprendí cosas que me inspiraron en las clases de la universidad como en las pasantías en tres escuelas públicas japonesas.

Mi experiencia académica en Japón hizo honor a una frase que usa Don Bosco, el santo cuyo nombre lleva la Univerisidad donde hoy trabajo: “Con cariño todo se aprende”. Mi primera experiencia en la Universidad de Kobe fue en el Ryugakusei Center (Centro Comunitario Internacional). En este centro estudié japonés por seis meses, de nueve de la mañana a tres de la tarde. Como dicen los Japoneses Core wa taihendeshita! Dificil pero ameno, pues los profesores hacían del aprendizaje una experiencia cultural muy amigable y dulce. Recuerdo muy bien como gradualmente, gracias a las clases de japonés me atreví a ir sola al supermercado, viajar en trenes locales, y en el Shinkansen, a Hiroshima y a Tokyo, ir a Yokohama en bus, comprar tours para esquiar en Nagano. Sabía que si me perdía, mi nuevo idioma japonés me ayudaría a preguntar por direcciones. Después de los primeros seis meses de japonés y de sentirme segura del nivel alcanzado en la comunicación, llegó el tiempo de pasar a la escuela de graduados de la Facultad de Humanidades, donde conocí a mi academic advisor. El primer encuentro con el Profesor Tsuchilla Motonori, no fue muy agradable pues no le pude decir casi nada, ni él me pudo decir mucho. No obstante, gracias mi tutora japonesa, quien nos ayudó con la traducción supe que debería asistir dos veces por semana a su seminario de Administración Educativa, desde donde me orientaría para realizar investigación sobre la enseñanza del idioma Inglés en los niveles de primaria, de secundaria y de bachillerato en tres escuelas públicas de Kobe.



La pasantía en las escuelas fue una experiencia inolvidable. Más que describir las metodologías de los docentes de inglés me encontré con un estilo de educación que vale la pena estudiar y tomar como modelo de fortalecimiento de un sentimiento comunitario de aporte, de animación mental, que llevan a los niños a tener coraje para el futuro, de colaboración y búsqueda del bienestar común y de respeto a los adultos entre otros valores. El primer día en una de las escuelas primarias, me dieron un escritorio en una gran sala de docentes. Diez minutos antes de iniciar la primera clase, entró el director a dar un saludo que

comprendí, en mi medio japonés, era para establecer el sentido del día con informes y unas palabras de ánimo para la jornada por comenzar. Si bien no comprendí todo lo que el Director decía me dio una sensación de ánimo y un ganbarimasu! Otra experiencia que me cautivó es participar en el *Kyuushoku* (almuerzo escolar) con los niños de segundo grado de primaria. Ver cómo los niños estaban organizados en equipo para arreglar el salón para el almuerzo, ir por la comida, servirla, limpiar y arreglar el aula después del almuerzo me ayudó a proyectarme a mi país. Sentí un poco de pena de ver cómo nos perdemos la oportunidad en las escuelas salvadoreñas de fomentar responsabilidad y disciplina. Aprendí que hacerle todo a los niños les quita la oportunidad de valerse por sí mismos de explorar sus capacidades y prepararlos para ser ciudadanos de aporte a su comunidad. La educación que observé en Japón tanto en la escuela como en el tren, en la calle o los espacios públicos y privados me hicieron sentir que el ser humano es valioso, que tengo un compromiso de hacer sentir a los otros valiosos.



Los aprendizajes de mi experiencia cultural en Japón entraron con un poco de dolor y de vergüenza pero fueron tan significativos que hoy es fácil vivirlos, tanto en mi profesión como con la familia que formé el siguiente año que volví de Japón, con el mismo novio que me “motivo” a aplicar para la beca. En Japón choqué muchas veces con la cultura. Me equivoqué al inicio, al no darme cuenta que había una cola para tomar el autobús, que debía bajarme de una bicicleta como lady y no como hombre de su caballo, que debía dejar que los niños se hicieran responsables de sus juguetes y en lugar de quitarle la bicicleta de las manos, animarlo a que sacara fuerzas y utilizara la creatividad para subirla. Todos estos aprendizajes los aplico en mis clases, al no darles las respuestas a mis estudiantes, al preparar clases que los reten y los hagan pensar, a no mimarlos recibiendo sus trabajos con baja calidad. La beca también me ayudó a formar mi familia pues aquel novio, ahora mi esposo, me fue a buscar hasta Japón. Hoy tenemos quince años de matrimonio y dos hijas a quienes les canto en japonés y les educo para el aporte a su comunidad.

La oportunidad Japón me ayudó también a mejorar mi profesión al recibir una posición de trabajo en la universidad Don Bosco, en el mismo año que retorné a mi país. Desde mi retorno de Japón he trabajado por trece años como docente de la Escuela de Idiomas y desde hace un par de años como directora de un programa de Maestría en Educación por Competencias. Después de diecisiete años tengo la oportunidad de revisar cómo aplico los conocimientos adquiridos en Japón y me da un poco de pena de sentir que he hecho poco. Además de asistir a las voluntarias de JICA con las clases de japonés en la Universidad de El Salvador por unos años, de participar en algunas actividades que promueve la embajada y de compartir las oportunidades de becas con mis contactos, siento que podría hacer más para que otras personas conozcan sobre Japón. Sin embargo, sé que mi relación con Japón se seguirá fortalecido gracias a los programas de vinculación tanto de mi querida Universidad de Kobe de donde recibo mi Nengajo (tarjeta de nuevo año) todos los primeros de enero, como a través las diversas actividades para alumno que organiza la embajada del Japón. Un día no muy lejano volveré a Japón a compartir experiencias académicas y a devolverles el cariño y las enseñanzas recibidas.